

la masa, no estaré seguro ahora mismo, en cuanto siga, de no suscitaros ocasión a vosotros, mis jueces legítimos, para que me echéis en cara de algún modo varias nuevas reincidencias.

Sin embargo, haré lo posible por no incurrir en ellas; porque de lo que se trata es de ir poniendo en la consideración del tema mucho más fervor que presunción de intelectualismo.

Llegaremos, pues, con emoción, a la gírola de la Catedral, desde la nave de la Epístola, y se nos ofrecerá la Capilla como un foco de luz maravillosa a través de aquella portada tan fina, tan abierta, tan atractiva, que nos llama sin voz, irresistiblemente.

¿Qué sensación se experimenta al entrar y levantar la vista por toda la superficie, primorosamente labrada, de sus piedras? Alguien ha dicho así: «Es como si estuviéramos en cualquier sala suntuosa de la Alhambra». No he tenido ocasión de traer la cita en su precisión textual; pero el sentido es éste, y no hay tal. Allí, precisamente, está Jesucristo Sacramentado, y yo confieso que nunca me inquietó el aparato de suntuosidad, como impropio del lugar donde se adora a la Majestad del Sacramento. Más me han dado impresión de frío espiritual la Mezquita de Córdoba o el excesivo neoclasicismo de iglesias construídas para evocar el culto de Júpiter, y no para rezar a la Virgen o al Redentor.

Claro es que los que piensan en la Alhambra no van del todo descaminados. Porque son alarifes mudéjares los que crean y realizan en toda su magnificencia el estilo Isabel; si bien el nombre de la gloriosa Reina, en estas concepciones arquitectónicas, se evoca para darnos la clave de su sentido.

El cual es la síntesis de estos elementos de inspiración:

Primero. La naturaleza del gótico en la elevación, en la luz, en el dejar la piedra transformada en blondas y espumas. El islamismo gusta de una labor sutil y minuciosa, pero con mate-

